

«QUE OTROS TOMEN EL RELEVO»

A PARTE de los íntimos, los de la «familia», como usted los llama, Sartre ve poca gente. ¿Cierra usted también la puerta a los que tratan de escribir algo sobre su obra?

JEAN-PAUL SARTRE.—De ninguna manera. Recibo gustoso a todos aquellos que realizan trabajos sobre mi obra y a quienes entiendo que puedo ayudar. Es lo que estoy haciendo, por ejemplo, con un joven crítico al que usted conoce, Michel Sicard, que está ocupado en un estudio sobre «El Idiota de la Familia». Con bastante frecuencia recibo también a universitarios británicos o norteamericanos que preparan alguna tesis sobre tal o cual aspecto de mi obra y que desean formularme determinadas preguntas, a las que mis libros sólo dan una respuesta ambigua. Caben tantas interpretaciones de las pocas cosas que dice un escritor... Así que ¡más vale aprovecharse mientras viva!

—¿Se ha dado alguna vez el caso opuesto: que alguno de sus comentaristas le haya aclarado ciertos aspectos de su obra que para usted permanecían oscuros?

J.P. S.—Jamás he aprendido nada de ninguno de mis comentaristas. Sin embargo, después de mil novecientos cuarenta y cinco, pensé que tal cosa podría muy bien suceder: que podría ser que alguien llegase a escribir algo que me aclarara mi propio pensamiento. Yo veía que leyendo a Zola o a Víctor Hugo en mil novecientos cuarenta o mil novecientos cuarenta y cinco, uno descubría ciertas cosas que el autor no había puesto conscientemente en su obra, es decir, que la obra era objeto de una nueva interpretación. Yo pensaba entonces que lo mismo debía de ocurrir con los autores vivos. Sin embargo, no es así: hay que estar muerto para que eso ocurra. O por lo menos hace falta que el comentarista haya superado al autor al que estudia, lo que sólo rara vez acontece.

—¿No hay nada verdaderamente útil en la enorme masa de escritos que se le han consagrado?

J.P. S.—Sería llevar las cosas demasiado lejos. Puedo afirmar, no obstante, que aunque está claro que no lo he leído todo, —acaso una décima parte—, no he aprendido nada en lo que he leído. O me encuentro una exposición fiel a mis ideas, en el mejor de los casos, o no puedo

conceder valor a los argumentos que se me oponen porque se fundan en una incompreensión flagrante de lo que he querido decir.

—En cualquier caso, hay alguien que lleva ya bastante tiempo tratando de combatir con tenacidad sus ideas: su viejo camarada Raymond Aron.

J.P. S.—Me conozco las ideas de Aron como la palma de la mano. Sé demasiado bien a dónde quiere ir. Por lo que a mí se refiere, puedo decir que hace tiempo que superé su punto de vista. Cuando me dedica unas líneas, se limita a exponer su propio pensamiento y no me aporta nada nuevo. He leído su último libro, en el que rebate la «Crítica de la razón dialéctica». En él formula problemas que tiene derecho a plantear desde su particular punto de vista, pero que a mí personalmente no me conciernen. En mi opinión, Aron disfraza mi pensamiento para mejor combatirlo.

—Con más tristeza que amargura, Aron dice que usted jamás ha respondido a sus argumentos más que con insultos...

J.P. S.—Apenas le he insultado en mi vida. Le insulté, si usted quiere, en mil novecientos sesenta y ocho, porque su postura en aquel momento me pareció intolerable. Que un profesor inteligente, instruido, reaccione como él ante el mayor del sesenta y ocho, demuestra los límites reales de su inteligencia y de sus conocimientos: Aron simplemente no entendió lo que pasaba.

—No es ésa una razón para insultarle.

J.P. S.—Claro que sí. Lo hice deliberadamente. Era para mí un modo de señalar que Aron se automarginaba de la sociedad anunciada por aquellos acontecimientos y de excluirle a mi vez. Antes de aquello, Aron era un profesor con cuyas ideas yo podía no estar de acuerdo, pero que las exponía en presencia de es-

tudiantes que podían discutir con él. Esto yo lo aceptaba perfectamente antes de mil novecientos sesenta y ocho. Pero cuando vi lo que pensaba de los estudiantes que había tenido y que «contestaban» el sistema universitario en su totalidad, pensé que no había comprendido nunca nada de sus alumnos. En Aron yo atacaba al profesor, al profesor hostil hacia sus propios alumnos, y no al editorialista del «Figaro», que puede decir lo que le dé la gana.

—Por regla general, usted se presta muy poco a la discusión de ideas...

J.P. S.—Yo escribo libros; las ideas están ahí, y el que quiera discutirlos no tiene más que escribir otros libros.

—Pero usted no contestó a Merleau-Ponty, ni a Lévi-Strauss, ni a Raymond Aron; todos los cuales escribieron, sin embargo, textos para replicar a los suyos.

J.P. S.—No, ¿para qué? Yo dije lo que tenía que decir; ellos



Junto a Michèle Vian, en el entierro de Pierre Overney.

dieron un punto de vista distinto del mío. Los que no están de acuerdo con lo que esos autores escribieron sobre mi obra no tienen más que decirlo. Esa no es tarea mía. No se trata de despreciar a Lévi-Strauss, a quien considero, antes bien, como un excelente etnólogo, y, sin embargo, ha escrito páginas, en mi opinión, absurdas sobre la «Crítica de la razón dialéctica». Pero yo no tengo que decirselo, ¿para qué?

—¿Y la simple conversación intelectual?

J.P. S.—Detesto las discusiones de ideas entre intelectuales en las que uno está siempre por debajo de sus posibilidades reales, y acaba diciendo sólo tonterías.

—¿No le ha ocurrido alguna vez descubrir su propio pensamiento en el momento mismo de formularlo ante un interlocutor?

J.P. S.—No. Puedo habérselo expuesto a Simone de Beauvoir en un momento en que todavía no había alcanzado total solidez. Le expuse, por ejemplo, las grandes tesis de «El Ser y la Nada» cuando aún no estaba escrito el libro. Fue durante la guerra. La hice participar de todas mis ideas cuando aún estaban en proceso de formación.

—¿Tal vez porque Simone de Beauvoir estaba a su mismo nivel en cuanto a conocimientos filosóficos?

J.P. S.—No sólo por eso, sino también porque era la única persona que me conocía casi tan bien como podía conocerme yo mismo, la única que estaba siempre al corriente de mis proyectos. Simone de Beauvoir era, pues, el interlocutor perfecto, un interlocutor como uno no ha tenido otro igual. Es una gracia única. Ha habido probablemente muchos casos en la historia de escritores, de ambos sexos, que han gozado del amor y recibido la ayuda de algún íntimo extraordinariamente inteligente. Tal es el caso de George Eliot, por ejemplo, a quien ayudó muchísimo su segundo marido.

—Lo que hace de mi relación con Simone de Beauvoir un caso único es la igualdad sobre la que reposa.

—En cierto modo, ustedes se dan mutuamente el «imprimatur», ¿no es eso?

J.P. S.—Exactamente. La fórmula no puede ser más justa. En cuanto a las críticas que aparecen en los diarios o revistas, me pueden producir mayor o menor placer, pero no cuentan realmente. A partir de «La Náusea» ha sido siempre así.

—Sin embargo, le ha ocurrido alguna vez tener que defenderse de las críticas de Simone de Beauvoir, ¿no es cierto?

J.P. S.—¡Ah, claro que sí! Incluso hemos llegado a insultarnos. Pero en tales ocasiones yo sabía que ella acabaría teniendo razón. Lo que no quiere decir que acepte todas sus críticas, pero sí la mayor parte.

—¿Es usted tan severo con ella como lo es ella con usted?



Sartre, durante las huelgas de la Renault, en 1970.

J.P. S.—Totalmente. Empleo el máximo de severidad. Carece de sentido hacer críticas que no sean absolutamente severas cuando uno tiene la oportunidad de amar a la persona a quien se critica.

—Parece, por lo que dice, como si no hubiese tenido más interlocutor que Simone de Beauvoir. Pero las discusiones de su época de estudiante con Nizan o Aron tendrán que haber dejado, al fin y al cabo, algún poso...

J.P. S.—En realidad, no. Llegué a discutir mucho con Aron y Politzer, pero no me sirvió de nada. Con Nizan, sí, un poquito. Lo que nos separó fue su conversión al marxismo, es decir, el hecho de que adoptase un

pensamiento que todavía no era suyo cuando nos hicimos amigos, un pensamiento que tenía implicaciones mucho más ricas de lo que él mismo sospechaba. De pronto me encontré frente a frente con un pensamiento que comprendía mal, que apenas conocía —había leído «El capital», es cierto, pero lo había leído sin entenderlo, es decir, sin sufrir transformación alguna—, y ese pensamiento me resultaba fastidioso, como maldito, gesticulante, incluso bufo, porque era otro a quien yo quería como amigo, y no aquél, que se servía de ese pensamiento como de una verdad seria y al mismo tiempo como de una farsa que dirigía a mi persona.

«Me sentía «contestado» por el marxismo porque se trataba del pensamiento de un amigo mío que se atravesaba en nuestra amistad. Y el marxismo siguió siendo, por lo menos hasta la guerra, algo molesto e hiriente para mí, algo que me indicaba que no lo conocía todo, ni mucho menos: algo que era necesario aprender. Yo no llegaba a calar en ese pensamiento. Hubo una época, mientras estaba en El Havre, en que me dediqué a leer obras de Marx y de autores marxistas, pero yo no retenía entonces lo que leía, no veía el sentido que podían tener esas obras.

«Fue sólo durante la guerra cuando comencé a interesarme seriamente por el marxismo: por aquella época formé parte de un grupo de la Resistencia en el que había comunistas. Luego, después de la guerra, rellené docenas de cuadernos de notas destinadas a un tratado y que lamentablemente se perdieron, pues aquellas notas no eran otra cosa que una discusión con el marxismo.

—¿Mantiene todavía hoy la autonomía del existencialismo en el seno del marxismo, como afirmaba en mil novecientos cincuenta y siete?

J.P. S.—Sí, absolutamente.

—Es decir, que acepta la etiqueta de existencialista.

J.P. S.—Es un calificativo idiota. No fui yo, como bien sabe, quien lo eligió: me pegaron la etiqueta y yo la acepté. Hoy, sin embargo, no la aceptaría. Pero ya nadie me llama «existencialista» excepto en los manuales, donde apenas quiere decir nada.

—Etiqueta por etiqueta, ¿prefiere usted la de «existencialista» a la de «marxista»?

J.P. S.—De no tener más remedio que elegir, preferiría la de «existencialista».

—Hay una prueba que no ha conocido el existencialismo: me refiero al poder. Ahora bien, hay gente que afirma hoy que el marxismo, al instituirse como ideología de un poder —el poder soviético—, ha revelado su naturaleza profunda de un pensamiento del poder. ¿Qué opina al respecto?

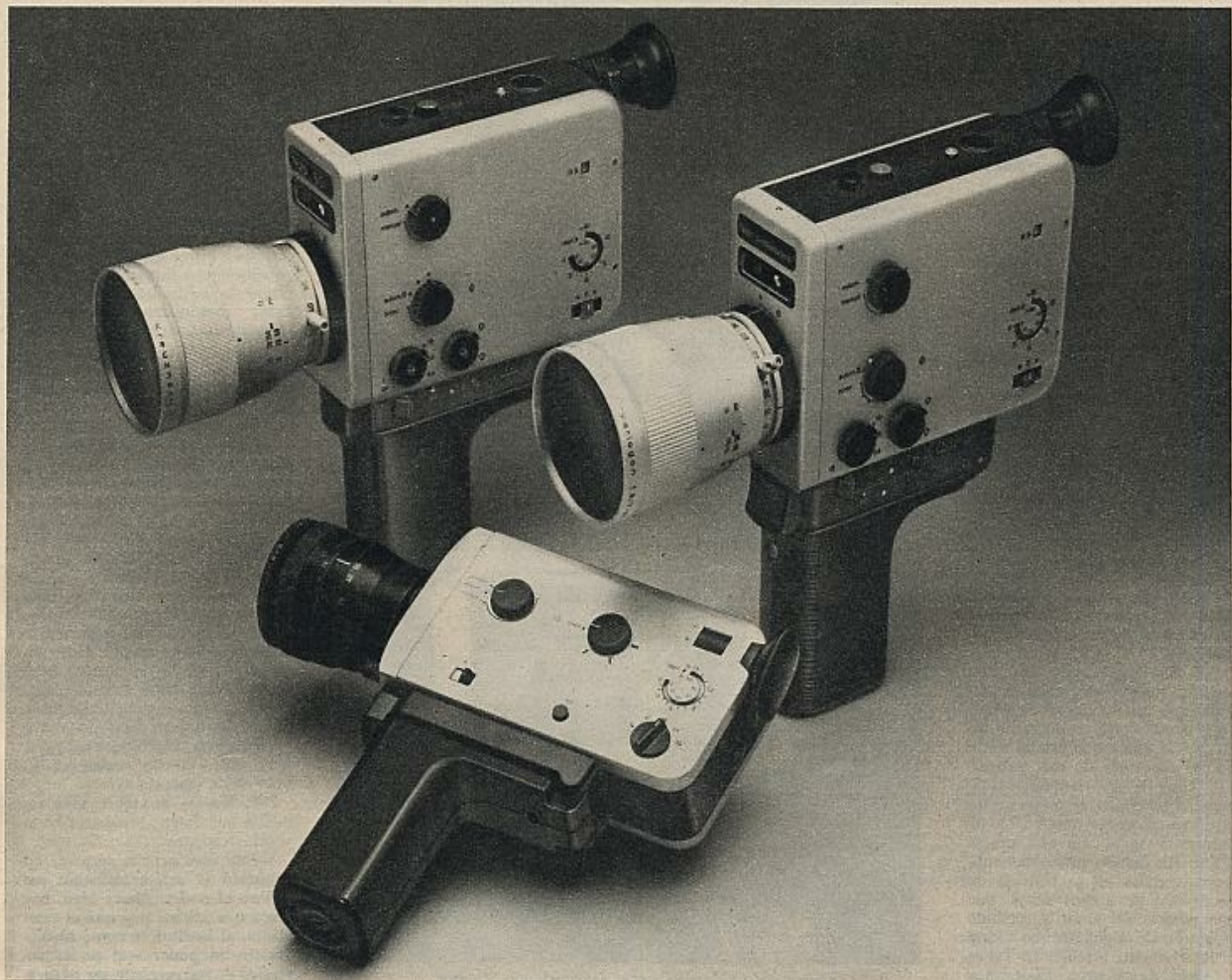
J.P. S.—Es cierto en un sentido: pienso que el marxismo ha conservado su esencia dentro del sistema soviético. El marxismo no es, en absoluto, una filosofía alemana o inglesa del siglo diecinueve que haya servido de tapadera a un sistema dictatorial del siglo veinte. Pienso que es el auténtico marxismo el que está en el corazón del sistema soviético, y que éste no lo ha desnaturalizado.

—Pero, ¿considera usted que el Régimen soviético es un fracaso completo? ¿No invalida eso una afirmación suya de mil novecientos cincuenta y siete: «El marxismo es la filosofía insuperable de nuestro tiempo»?

J.P. S.—Pienso que hay aspectos esenciales del marxismo que siguen siendo válidos: la lucha de clases, la plusvalía, etcétera. Es el elemento de poder contenido en el marxismo el que han recogido los soviéticos. Opino

Braun Nizo

Cinecámaras con todo lo que Vd. necesita para sentirse profesional.



Braun Nizo ha creado una gama completa en cinecámaras, que cubre todas las posibilidades y aspiraciones de cualquier buen aficionado. Esta gama está formada por seis cinecámaras todas ellas con una total garantía, calidad y diseño Braun.

Las cinecámaras Braun Nizo ofrecen al buen aficionado una ventaja que las diferencia totalmente de las demás: lo llevan todo incorporado (y no en el maletín de accesorios).

Todo lo que Vd. necesita

Equipadas con óptica Schneider Variogon, objetivo zoom de hasta 11,4 aumentos y con Macro incorporado que permite filmar a solo 1 cm de distancia.

Automáticamente dos fotómetros gradúan el diafragma y el tiempo de exposición según las condiciones de luz. Con la misma película Vd. puede filmar por ejemplo, en la nieve, a pleno sol, y en un museo sin necesidad de iluminación auxiliar.

El obturador variable controla la luz que impresiona la película permitiendo fundidos de apertura o cierre.

Puede realizar fundidos-encadenados, como por

ejemplo hacer aparecer y desaparecer una persona frente a una pared.

Temporizador automático y manual, que permite filmar desde 1 imagen por minuto hasta 6 imágenes por segundo, o sea desde efectos como puestas de sol o amaneceres, ver como se abre una flor y realizar películas de dibujo animado, hasta imitar cualquier película de estilo chaplinesco.

Y otras innumerables ventajas como la luz de control de marcha y del filtro para iluminación artificial, corrección de diafragma para contraluces, automatismo instantáneo de cámara lenta, conexiones para flash, disparo manual, disparo eléctrico (distancia máxima 100 metros), conexión para grabación de impulsos para sistemas sonoros de doble banda, visor de imagen partida con corrector de dioptrías, zoom manual, y zoom eléctrico con dos velocidades.

Todas las cinecámaras Braun Nizo pueden funcionar independientemente de forma manual o totalmente automática.

Haga películas de profesional

Vd. podrá rodar con cualquiera de las 6 cinecámaras Braun Nizo y logrará una calidad excepcional en todas las imágenes. Braun Nizo pone al alcance de su mano todas estas cámaras, cuyo diseño y fabricación se realizan con los conocimientos tecnológicos adquiridos en medio siglo de desarrollo y experiencia.

Cinecámaras Braun Nizo "el super cine en super 8"

Replene y envíe este cupón a Braun Española, S.A. División Foto Flash, Enrique Granados, 46 Esplugas de Llobregat, (Barcelona) y recibirá información completa por correo.

Desee recibir amplia información sobre sus Cinecámaras Braun Nizo.

BRAUN
NIZO

D. _____
Calle _____
Ciudad _____

que, como filosofía del poder, el marxismo ha demostrado lo que vale en la Rusia Soviética. Estimo que hoy —y es un poco lo que intento decir en «On a raison de se révolter»— hace falta otro pensamiento, un pensamiento que tenga en cuenta el marxismo para superarlo, rechazarlo y prolongarlo a un tiempo, un pensamiento que envuelva al marxismo. Es la condición imprescindible para llegar a un auténtico socialismo.

«Creo haber señalado, junto a muchos otros pensadores de hoy, las vías que conducen a esa superación. En ese sentido quisiera trabajar hoy, pero soy ya demasiado viejo para eso. Lo único que deseo es que otros tomen el relevo. Deseo, por ejemplo, que Pierre Victor lleve a cabo ese trabajo a la vez de intelectual y de militante que se propone.

—¿Es Pierre Victor quien tiene, según usted, más probabilidades de llevar a buen término esa tarea?

J.P. S.—Sí. De todas las personas que conozco es la única que desde ese punto de vista me da plena satisfacción.

—Lo que parece apreciar usted en él es el carácter radical de sus ambiciones. Por eso mismo admira también Sartre a Giacometti.

J.P. S.—Sí, exactamente por lo mismo. Nizan no tenía una ambición tan radical. El Partido le impedía llegar al fondo de su radicalismo. De no haber muerto, tal vez lo habría conseguido, porque el Partido, según él, le había traicionado.

—¿No son precisamente las personas con «sed de absoluto», como se decía en el siglo diecinueve, aquellas a quienes usted estima de manera incondicional?

J.P. S.—Sí, ciertamente. Los que lo quieren todo. Yo también lo quise todo. Naturalmente, uno no llega al fondo de sus ambiciones, pero lo importante es precisamente el hecho de quererlo todo.

—¿Hay otros contemporáneos por los que usted sienta una estima tan incondicional? En mil novecientos sesenta, usted proclamó, por ejemplo, su aprecio y amistad por Fidel Castro.

J.P. S.—Sí, pero no sé qué ha sido de él. Castro nos rechazó cuando protestamos por el encarcelamiento de Padilla. Se portó violentamente con nosotros. Personalmente no pude tratarle con igual violencia, porque en el fondo seguía abrigando una amistad por el hombre al que yo había conocido. Llegué a sentir por él una gran simpatía, es raro, una enorme simpatía.

—¿Hay alguien más?

J.P. S.—Mao. Tengo una estima total por Mao; por lo menos la he tenido hasta hace unos años. No he comprendido bien el sentido de la «revolución cultural». No es que me oponga a ella, ni mucho menos, sino que

no he llegado a hacerme una idea clara de lo que pudo significar, y pienso que no está nada clara en los hechos.

«Uno de los últimos viajes que me gustaría hacer es a China. Visité esta región en un determinado momento de su historia, en mil novecientos cincuenta y cinco. Luego vino la «revolución cultural». Me gustaría volver ahora, creo que la comprendería mejor.

—¿Y la admiración? ¿Conoce sentimiento semejante?

J.P. S.—No. No admiro a nadie, ni me gustaría tampoco que se me admirase. Los hombres no son para ser admirados: todos son semejantes, iguales. Lo importante es lo que hacen.

—Sin embargo, usted me dijo en cierta ocasión que admiraba a Víctor Hugo...

J.P. S.—¡Oh!, muy poco. No puedo decirle cuál es mi sentimiento exacto hacia Víctor Hugo. Hay muchas cosas que censurar en él, y otras que son, por el contrario, muy hermosas. Todo ello está confuso y mezclado en mí: por eso salí del aprieto diciendo que le admiraba. Pero en realidad no le admiro más que a cualquier otro. No, la admiración es un sentimiento que supone la propia inferioridad respecto de la persona a que se admira. Ahora bien, como usted sabe, para mí todos los hombres son iguales, y la admiración no debe encontrar sitio entre los

hombres. La estima es el sentimiento auténtico que cabe exigir de un hombre respecto de otro.

—¿Más que el amor?

J.P. S.—No, el amor y la estima son las dos caras de una misma realidad. Lo que no significa que la estima sea absolutamente imprescindible para el amor o el amor para la estima. Pero cuando ambos se presentan juntos, entonces tenemos la actitud más auténtica de un hombre respecto de otro. Todavía no hemos llegado a eso. Pero llegaremos en cuanto lo subjetivo sea totalmente descubierto.

—¿Cómo explica usted, entonces, su propia inconstancia en la amistad y su constancia en sus relaciones amorosas?

J.P. S.—No es que sea inconstante en amistad. Digamos más bien que mis amistades han contado para mí siempre menos que mis relaciones amorosas. ¿Por qué dice usted que soy inconstante?

—Pienso en Camus, por ejemplo.

J.P. S.—Pero yo nunca he estado en contra de Camus. Me opuse, eso sí, al escrito que envió a «Les Temps Modernes», llamándolo... «Monsieur le directeur» y desarrollando ideas insensatas sobre el artículo (1) de

(1) Crítica de *L'homme révolté* (El hombre en rebeldía), que provocó la respuesta de Camus y una réplica de Sartre. Esta polémica puso fin a sus relaciones.

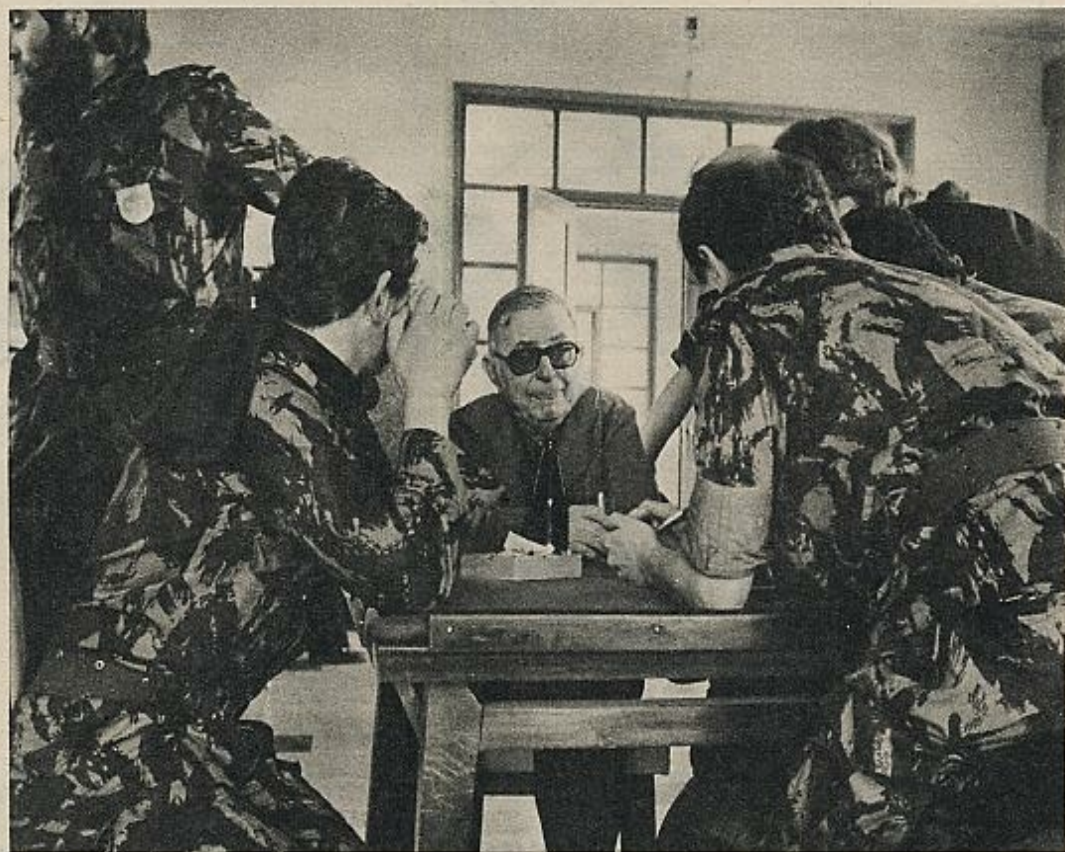
Francis Jeanson. Estaba en su derecho de responder a Jeanson, pero no de la forma en que lo hizo; su artículo me puso furioso.

—¿La ruptura subsiguiente no le afectó a usted?

J.P. S.—No, de verdad que no. Ultimamente nos veíamos mucho menos, y además, cada vez que nos encontrábamos me insultaba por haber hecho esto o aquello, por haber escrito algo que él desaprobaba. No habíamos llegado al punto de reñir, pero nuestra relación era menos agradable que antes. Camus había cambiado mucho. Al principio, Camus no sabía todavía que era un gran escritor; era un tipo divertido, y lo pasábamos bien con él: usaba un lenguaje muy verde —también yo, por otra parte—, y cada vez que nos reuníamos contábamos un montón de cochinadas, y su mujer y Simone de Beauvoir fingían escandalizarse. Durante dos o tres años mantuve con él muy buenas relaciones. No se podía llegar demasiado lejos en el plano intelectual, pues se asustaba pronto; tenía, de hecho, un lado divertido y truhan, a lo golfillo de Argel. Fue probablemente el último de mis buenos amigos.

—¿Hay muchas personas que han desaparecido de su vida, sobre todo hombres.

J.P. S.—También muchas mujeres; a veces por fallecimiento, otras veces por distintas razo-



En una foto reciente, con soldados del Ejército portugués, en Lisboa.

No juegue con su dinero

... es el fruto de su trabajo
y la tranquilidad
de su futuro

La 9ª Emisión
de Bonos de Caja del

BANCO de FOMENTO

le ofrece:

- * SOLIDEZ EN SU INVERSION
- * RENTABILIDAD
- * LIQUIDEZ EN BOLSA



BF

INFORMESE

En nuestras oficinas de:

MADRID, Carrera de San Jerónimo, 23 - TEL. 231 87 04

BARCELONA, Av. Gral. Franco, 463 bis - TEL. 250 35 98

LA CORUÑA, Real, 65 - TEL. 22 22 02

SAN SEBASTIAN, Avda. de España, 8 - TEL. 44 42 87

SEVILLA, Plaza Falange Española, 15 - TEL. 21 13 91

VALENCIA, Plaza del Candillo, 26 - TEL. 22 95 62

ZARAGOZA, Alfonso I, 3 - TEL. 21 22 81

y en todas las oficinas del BANCO CENTRAL Y BANCO DE VALENCIA



Sartre, junto a André Gide, en Cuverville (1945).

SARTRE

nes. Pero, en general, no creo haber sido más inconstante que otras personas en cuestión de amistades. Mi relación con Bost, por ejemplo, es casi más antigua que mi vinculación al Castor. Sigo viendo a casi todos los que forman parte de lo que llamábamos «la familia». Pouillon, por ejemplo, ha sido amigo mío desde hace treinta y cinco años...

«Mis relaciones con Giacometti, sin embargo, tuvieron un fin extraño, un malentendido que no he llegado a comprender bien, pero ésa es harina de otro costal... También él se volvió, en cierto modo, contra mí, poco antes de su muerte, por lo que considero un malentendido suyo.

—Muchas personas se sorprenden de que haya tenido tanto tiempo como secretario a Jean Cau, habida cuenta de su posterior evolución.

J.-P. S.—Mire usted, la evolución de Jean Cau no me concierne para nada.

—Volvamos a las mujeres...

J.-P. S.—Mis relaciones con las mujeres han sido siempre excelentes, porque la relación sexual propiamente dicha facilita el que se den juntos lo objetivo y lo subjetivo. Las relaciones con una mujer, incluso si uno no se acuesta con ella —pero si uno ya lo ha hecho o hubiera podido hacerlo—, son siempre más ricas. En primer lugar hay un lengua-

je que no es el de la palabra, sino de las manos y los rostros. No me refiero al lenguaje sexual propiamente dicho. En cuanto al propio lenguaje, viene de lo más profundo, viene del sexo mismo cuando se trata de una relación amorosa. En la relación con una mujer hace acto de presencia la totalidad del propio ser.

—Hay algo que también me sorprende desde que le conozco, y es que al hablar de sus amigos usted no suele andarse con miramientos.

J.-P. S.—¡Porque sé cómo son! ¡Y cómo soy! También me trataría a mí mismo con severidad.

—Pero, ¿qué diría si el afectado fuese usted?

J.-P. S.—Puedo contestarle «grosso modo» que el problema es no haber sido todo lo radical que debiera. Naturalmente, he cometido muchas faltas en mi vida, pequeñas y grandes, faltas que pueden deberse a esto o a aquello, pero el fondo del asunto, cada vez que he cometido alguna falta, es que no me he mostrado suficientemente radical.

—Hay algo de lo que usted parece sorprendentemente: de culpabilidad.

J.-P. S.—Es cierto. No me siento nunca culpable, y no lo soy. Mi familia imbuyó muy pronto en mí el sentimiento de mi pro-

pio valor. Al mismo tiempo, sin embargo, me sentía contingente, y esta sensación se oponía un poco a esa idea de valor, porque el valor es todo un torbellino que supone ideologías, alienaciones, mientras que la contingencia es la monda realidad. Pero encontré una estratagema consistente en atribuirme a mí mismo un valor por el hecho de sentir la contingencia mientras los demás no la sentían. Pues bien, yo me convertía así en el hombre que hablaba de la contingencia y, consecuentemente, el que había empeñado su propio valor en buscar el sentido y la significación de ese valor. Eso está claro.

—¿Y no piensa usted acaso que cabría encontrar huellas de culpabilidad en el trato que da al dinero, por ejemplo?

J.-P. S.—No lo creo. Lo primero que debo explicar es que yo no procedo de una familia en la que la relación del dinero con el trabajo se captase claramente, como algo duro, penoso.

«Mi abuelo trabajaba mucho, pero trabajaba con escritos, y para mí, leer y escribir era algo divertido. Mi abuelo, pues, se divertía escribiendo; yo veía las pruebas que corregía, y aquello me causaba placer; además, había muchos libros en su despacho, y él hablaba a la gente, daba lecciones de alemán. Y todo

aquello le proporcionaba dinero. Como puede ver, la relación no estaba clara.

«Luego, cuando yo mismo empecé a escribir, tampoco llegué a comprender la relación entre el dinero ganado y los libros que escribía, pues para mí, el valor de un libro se establecía a lo largo de los siglos. Por consiguiente, el dinero que ganaba con los libros era un signo contingente en sí mismo. Si usted quiere, aquella primera relación mía con el dinero ha perdurado todos estos años. Es una relación tonta.

«Primero estaba mi trabajo, mi modo de vida, mi esfuerzo, en el que encontraba placer —siempre me ha gustado escribir—, y luego, con carácter accesorio, mi oficio de profesor, ligado un poco a todo eso, que no me molestaba, que me gustaba incluso. En esas condiciones, ¿por qué había de pagarme nadie nada? Y, sin embargo, así ocurría.

—Al hablar de culpabilidad, me refería más bien a su manera de repartir dinero.

J.-P. S.—Para repartir dinero era primero necesario tenerlo. Sólo pude hacerlo a partir de los dieciocho o diecinueve años, mientras estaba en la Escuela Normal y daba lecciones particulares. Por aquel entonces ganaba yo ya algún dinero, y pude empezar a repartir. Pero, ¿qué repartía? El papel-dinero que re-

cibia por un trabajo que me satisficiera. No he sentido nunca el valor del metal, del dinero que pesa. Para mí, el dinero eran los billetes de papel, de los que me desprendía con la misma facilidad con que llegaban a mi bolsillo.

—Usted podría haberse comprado ciertas cosas, poseer.

J.P. S.—Bueno. Tampoco repartía todo lo que recibía, así que también me compraba cosas. Pero nunca quise tener casa o apartamento propio. Explicado esto, no creo que exista el mínimo indicio de culpabilidad en mi modo de desprenderme del dinero. Si he dado dinero graciosamente es porque podía hacerlo y porque las personas que me interesaban lo necesitaban realmente. Nunca he dado dinero para lavar una falta o porque el dinero me pesara como tal.

—Una cosa que sorprendió al conocerlo es el hecho de que usted llevase siempre encima abultados fajos de billetes. ¿Por qué?

J.P. S.—Es verdad, a veces llevaba encima más de un millón de antiguos francos. En diversas ocasiones se me ha reprochado que llevase conmigo tanto dinero. Simone de Beauvoir, por ejemplo, lo encontraba ridículo, y, efectivamente, lo es. Pero, a decir verdad, si he dejado de hacerlo es porque ahora correría el riesgo de perderlo o porque podrían sustraermelo por culpa de mi pobre visión: confundido los billetes, y eso puede crear situaciones molestas. Lo que no impide que me siga gustando llevar dinero encima y que me fastidie el no poder hacerlo. La verdad es que es la primera vez que alguien me pregunta el porqué...

«Sé que sacar un gran fajo de billetes es comportarse un poco como un nabab. Me acuerdo, por ejemplo, de un hotel en la Costa Azul al que íbamos mucho Simone de Beauvoir y yo; un día, la sustituta de la patrona se quejó a Simone de Beauvoir de que yo hubiese sacado un fajo de billetes para pagarla... Sin embargo, no soy, ni mucho menos, un nabab. Creo que esa afición a llevar encima tanto dinero corresponde en cierto sentido a mi modo de vivir, siempre rodeado de los mismos muebles, siempre con la misma ropa, las mismas gafas, el mechero y los cigarrillos.

«Es la idea de llevar encima el mayor número posible de cosas que puedan definirme por toda la vida; es decir, cuanto representa mi vida cotidiana en este momento. La idea, eso es, de ser enteramente lo que soy en el momento presente, de no tener que depender de nadie, de no tener tampoco nada que exigir a nadie, de poder disponer libremente, en cualquier momento, de todos mis posibles. Es para mí un modo

de sentirme superior a los demás, lo que es evidentemente falso; lo sé perfectamente.

—Usted da con frecuencia propinas excesivas.

J.P. S.—Siempre.

—Puede ser molesto para quienes las reciben.

J.P. S.—Usted exagera.

—No seré yo quien le enseñe a estas alturas que es necesario que exista la reciprocidad para que la generosidad no resulte en cierto modo humillante.

J.P. S.—La reciprocidad no es posible en este caso, pero la amabilidad sí. Los camareros aprecian el hecho de que yo les dé generosas propinas y me pagan con su amabilidad. Mi idea es que desde el momento en que admitimos que el hombre viva de nuestras propinas, cuanto mayores sean éstas, mejor; pues, en mi opinión, si un hombre ha de vivir a nuestras expensas, es deseable que viva bien.

—Usted ha ganado muchísimo dinero...

crystal». Me ha quedado algo de aquello. Todavía hoy, cuando veo que resta poco en la cuenta, me siento incómodo. Y eso es lo que me está pasando ahora, por ejemplo. Ha habido momentos en que me he encontrado sin un ochavo. En cierta ocasión, mi madre me dio doce millones de antiguos francos para pagar mis impuestos. Siempre he gastado, si usted quiere, más dinero del que tenía... No preveía mis impuestos. Desde hace algunos años, Gallimard sustrae regularmente de mi cuenta una suma con que pagar al Fisco.

—¿En qué gasta usted el dinero?

J.P. S.—Aparte de los viajes, como le he dicho, no gasto demasiado en otras cosas. El restaurante una vez al día, eso sí, siempre acompañado —lo que totaliza diez mil antiguos francos—; cigarrillos, rara vez ropa; los libros me los envían —he comprado muchos en mi vida, pero ahora ya no—; la mujer de la lim-

mensualmente los setecientos veinticinco mil antiguos francos que me paga mensualmente Gallimard por mis libros, más un millón en general.

—¿De dónde procede ese millón?

J.P. S.—De la Sociedad de Autores, por un lado, por lo que respecta a aquellas obras mías representadas en Francia o adaptadas para la radio o la televisión, y de Gisèle Halimi (que es mi agente literario para el extranjero), por otro. Halimi se ocupa de los ingresos por mis obras de teatro, películas, entrevistas, etcétera. Todo esto me da mucho más dinero que mis libros propiamente dichos. El año pasado creo que hubo que pagar al Fisco quince millones de antiguos francos. Por otro lado, recibo una pensión como jubilado de profesión liberal que representa, aproximadamente, ochocientos mil antiguos francos cada semestre. Lo que más su-



Mientras duró la guerra del Vietnam, Sartre denunció sistemáticamente la intervención norteamericana en aquel país.

J.P. S.—He ganado dinero, sí. —Si se hiciese un balance de lo ganado por usted, resultaría una suma enorme. ¿Qué ha hecho de tanto dinero?

J.P. S.—Me costaría trabajo explicarlo. Lo he repartido entre la gente. He gastado también mucho en satisfacer mis propios caprichos: en libros y viajes, principalmente. Gasto muchísimo en viajes. Antes, cuando tenía más dinero que ahora, solía llevar siempre conmigo más dinero del necesario.

—¿Por miedo a que le faltase?

J.P. S.—Tal vez un poco. Mi abuela me decía siempre que me daba dinero: «Por si rompes un

pieza, un apartamento relativamente costoso —doscientos mil francos antiguos de alquiler mensual—. En fin, eso no representa, ni mucho menos, lo que gasto mensualmente.

—¿Cuánto suele gastar usted al mes?

J.P. S.—¿En total? Hay personas que dependen de mí económicamente: los gastos fijos suman en total millón y medio de antiguos francos, más mis gastos personales, que son aproximadamente trescientos mil antiguos francos. Lo que totaliza mensualmente un millón ochocientos mil antiguos francos. De hecho, mi secretario, Puig, saca

ma, sin embargo, es lo que pasa por Gisèle Halimi, que me lleva dos veces al año y totaliza normalmente varios millones. Pero ahora ya no me queda nada, y por primera vez me pregunto cómo me las voy a arreglar.

—Así que ya no puede siquiera plantearse la posibilidad de ayudar a ciertos grupos, como hizo usted con *Libération*, por poner sólo un ejemplo?

J.P. S.—Eso me resulta ya imposible.

—Cambie el tema. Hacia mil novecientos sesenta y siete, usted decía: «La Pléiade es una losa sepulcral, y no quiero ser enterrado vivo». Luego cambió



Jean-Paul Sartre con Simone de Beauvoir: una compenetración total.

de opinión, y muy pronto Michel Rybalka y yo vamos a publicar sus novelas en esa editorial. ¿Por qué rectificó su primera decisión?

J.P. S.—Sobre todo bajo la influencia de Castor y de otros, a quienes pedí opinión y me aconsejaron que lo hiciera. Además, La Pléiade ha publicado últimamente a otros autores vivos, por lo que ha perdido un poco ese carácter de losa sepulcral. Ser publicado en «La Pléiade» representa simplemente el paso a otro tipo de celebridad: ahora formaré ya parte de los clásicos, mientras que antes era un escritor como los demás.

—En una palabra, la consagración...

J.P. S.—Es la palabra exacta. No puedo negar que me agrada. Es verdad que ahora tengo prisa por ver mi obra publicada en esa editorial. Creo que todo ello está relacionado con mi infancia, cuando la celebridad consistía precisamente en alcanzar la publicación en una edición muy bien cuidada que la gente se disputa. Debe de quedar algo de eso: ser publicado en la misma colección que Maquiavelo...

—Usted es ya un clásico... un escritor clásico y «comprometido». Pero, ¿no teme acaso que la parte más conocida de su pensamiento —las nociones de libertad y de responsabilidad individual— impida una auténtica toma de conciencia política?

J.P. S.—Es posible. Pero creo que ese tipo de malentendidos

se produce siempre que una obra llega al público. La parte más viva y más profunda de un pensamiento es al mismo tiempo la que puede proporcionar el máximo bien; pero también, si es mal comprendida, el máximo mal. Pienso que, efectivamente, una teoría de la libertad que no explique a la vez qué son las alienaciones, en qué medida la libertad puede dejarse manipular, desvirtuar, hasta el punto de volverse contra ella misma, una teoría semejante puede engañar muy cruelmente a alguien que no llegue al fondo de las cosas y que crea equivocadamente que la libertad está en todas partes. Pero quien lea atentamente lo que he escrito, no creo que pueda cometer un error semejante.

«En mis emisiones me explicaré al respecto en el plano político. Será uno de los grandes temas de las dos o tres emisiones finales. Pero lo aplicaré a ciertos casos concretos; no haré filosofía o por lo menos no explicaré eso filosóficamente.

—¿Usted piensa que logrará convencer a la gente?

J.P. S.—No lo sé. Lo intentaré.

—En su último artículo de «Les Temps Modernes», François George escribió lo siguiente: «Si mis ideas no han logrado vencer a más gente, ello se debe sin duda a que no eran totalmente claras». ¿Suscribiría usted esa frase?

J.P. S.—Eso está bien dicho.

Todo el mundo piensa así en algún momento de su vida. Sin embargo, no quiere esto decir que sea verdad, hay ciertas ideas que cuesta más trabajo comprender que otras. Todos tenemos nuestros momentos de abatimiento. Entonces pienso que, efectivamente, en algún momento yo mismo habría podido decir algo semejante. Pero ello significa dar más importancia de la que se merece a ese «todo el mundo» —puesto que es únicamente la verdad de las ideas la que aquí se cuestiona—; equivale igualmente a admitir que las ideas verdaderas se imponen de inmediato, lo cual es falso. Imaginémosnos que Sócrates pronunciara una frase similar mientras agonizaba ¡sería como para soltar una carcajada! Su pensamiento ha actuado sobre el mundo mucho tiempo después de su muerte.

—¿Y usted? ¿Tiene la impresión de haber influido ya sobre el mundo?

J.P. S.—Así espero que ocurra. Creo que uno dispone de pocos datos que puedan dar fe de la influencia ejercida, en vida del autor, por sus ideas, y pienso que está bien así.

—¿No le sugieren nada, por ejemplo, las cartas que le dirigen sus lectores?

J.P. S.—En todo caso, son cartas de un solo lector, ¿qué representa ese lector? Además, últimamente no recibo apenas cartas. Hubo un tiempo en que me escribían mucho. Ahora, por el contrario, casi nadie lo hace. Y las car-

tas que recibo, de todos modos, me interesan menos. No me impresionan para nada el que alguien me confiese su admiración por mi obra: eso no quiere decir gran cosa.

—¿Tiene acaso la impresión de que esa indiferencia es sintomática de la vejez?

J.P. S.—No he dicho que fuese indiferente!

—¿Hay algo que le siga interesando de verdad?

J.P. S.—Sí, la música, ya se lo he dicho. La filosofía y la política.

—Pero, ¿todavía le excitan esas cosas?

J.P. S.—No, ya no hay apenas nada que me excite. Lo veo ya todo desde una cierta altura.

—¿Le gustaría añadir algo?

J.P. S.—En cierto sentido, todo, y en otro, nada. Todo, porque con respecto a lo que ha salido a relucir en esta conversación, queda todo lo demás, que habría que profundizar con cuidado. Pero tal cosa es imposible en una entrevista. Siempre que me hacen una entrevista tengo esa sensación. En cierto sentido, una entrevista resulta siempre frustrante: frustrante porque, efectivamente, habría muchas cosas que decir y que la entrevista suscita por oposición y simultáneamente a las respuestas que da el entrevistado. Pero una vez aclarado esto, debo confesar que como retrato de lo que soy a mis setenta años, esta entrevista es la que cabía exigir.

—¿No se siente acaso estafado, como confiesa haberse sentido Simone de Beauvoir?

J.P. S.—No, no diría eso. Por otra parte, Simone de Beauvoir ha aclarado, con razón, que no quiso decir que la vida la hubiese estafado, sino que se sentía chasqueada en las circunstancias en que escribió ese libro (2), es decir, después de la guerra de Argelia, etcétera. Pero yo no diría eso: yo no me siento chasqueado por nada, no me siento burlado. He conocido a toda clase de personas, buenas y malas —estas últimas, por otro lado, no son malas sino con relación a determinados fines—, he escrito, he vivido. No me arrepiento de nada.

—En suma: hasta este momento la vida le ha tratado bien...

J.P. S.—En general, sí. No sé que le pudiera reprochar nada. Me ha brindado lo que deseaba y, al mismo tiempo, me ha hecho ver que eso no era gran cosa. Pero, ¡qué le vamos a hacer!

(La entrevista termina con una risa loca provocada por el tono desilusionado de esta última declaración.)

J.P. S.—No omita usted una referencia a esa risa. Escriba: «Acompañamiento de risas». ■ Declaraciones recogidas por MICHEL CONTAT. Copyright Jean-Paul Sartre et Michel Contat.

(2) La Force des choses (Gallimard).